

Textos bíblicos, meditaciones y oraciones para el Octavario

Día primero

UNIDOS POR LA PRESENCIA DE CRISTO

Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo (Ef 4,5-6)

Ez 37,15-28	Mi morada estará junto a ellos
Sal 67 (66)	Oh Dios, que todos los pueblos te den gracias
Ef 4,1-6	Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo
Jn 14,23-27	Vendremos a él y haremos morada en él

Meditación

Las Escrituras subrayan que Dios quiere la unidad de su pueblo. Por el profeta Ezequiel, Dios afirma que Judá e Israel -dos reinos separados, a menudo en desacuerdo- no serán más que uno nuevamente. Por su presencia purificadora, los fortalecerá y los bendecirá en una alianza de paz.

Nosotros respondemos naturalmente por la gratitud y la alabanza al donde la unidad que nos ofrece Dios. El salmista invita a todas las naciones a unirse en la alabanza a Dios, cuya presencia salvífica será reconocida en todas las naciones y a través del mundo entero.

Jesús enseña a sus primeros discípulos que, junto con el Padre, estará presente entre ellos, que “morará” en todos los que le aman. Les promete igualmente que su presencia no terminará con su muerte: él continuará estando con cada uno de sus discípulos -y hoy con nosotros- a través del Espíritu Santo.

Pero la promesa de la presencia de Jesús no se limita a los creyentes de forma individual: cuando afirma el evangelista san Mateo que donde dos o tres se reúnen en nombre de Jesús, ellos forman una comunidad, una comunidad en cuyo seno Jesús ha prometido estar presente para fortalecer y acompañar a los miembros a lo largo de todo su camino.

Nuestro reconocimiento mutuo del bautismo muestra poderosamente esta pertenencia común. Por el bautismo, Jesús llama a cada uno de nosotros y lo incorpora a su cuerpo, la Iglesia. Perteneciendo a Cristo, todos nos pertenecemos los unos a los otros. Esta pertenencia común, a Cristo y a cada uno de nosotros, hace de nosotros una sola cosa, dejando nuestro pasado, nuestra cultura y nuestras convicciones teológicas diferentes, porque “donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

Oración

Señor, te damos gracias por tu presencia entre nosotros, que nos fortalece y nos anima en nuestro camino. Haznos conscientes de tu presencia en nosotros y haz que seamos sensibles a lo que tú nos sugieres en todas nuestras acciones. Concédenos sabiduría y humildad para que podamos reconocer tu presencia en nuestros hermanos y hermanas. Señor, haz que seamos verdaderamente uno. Amén.

Día segundo

EDIFICAR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS CON JESÚS ENTRE NOSOTROS. ECUMENISMO
DIARIO

También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros (Jn 13,14)

Dt 30,15-20	Entonces vivirás y te multiplicarás
Sal 133 (132)	Qué felicidad encontrarse entre hermanos
1 Cor 12,12-31	Dios dispuso según su voluntad a cada miembro en el cuerpo
Jn 13,1-15	También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros

Meditación

Como indica el Salmista, la unidad es atrayente. En razón de la presencia de Cristo entre nosotros, todos los cristianos tienen la tarea de edificar día a día sus comunidades según el espíritu del Evangelio.

En la tarde antes de morir, lavando los pies de sus discípulos, Jesús nos ha dejado un modelo muy concreto de comportamiento cristiano hacia el prójimo. En 1 Cor 12, san Pablo anima la necesidad de tener en cuenta al otro, el hecho de que en el Espíritu Santo cada uno es diferente aunque pertenezca al mismo cuerpo. La Palabra de Dios nos invita a practicar un servicio muy concreto de hermano y hermana en la Iglesia, que nosotros tenemos como misión para aumentar el servicio en el mundo.

La participación en la vida de la Trinidad Santa no es la simple afirmación de un artículo de la fe. Ello nos empuja a comprometernos cada día en una tarea ecuménica para que la Iglesia refleje todavía más la comunión trinitaria. En el único Dios, que confesamos junto con nuestros hermanos monoteístas, ¿no tenemos los cristianos un modelo de amor a imitar que se obra entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? Avanzar con Cristo implica, así, la solicitud entre los miembros de la Iglesia, ya que lo que se cumple positivamente de manera aislada no tiene el valor de lo que, modestamente, se realiza en común.

Lavar los pies de los hermanos, más que un simple gesto, también es una apertura de corazón, en fidelidad a Jesús que nos invita a servir a la Iglesia una, en la que queremos ser piedras vivas y fundamentales.

Oración

Padre eterno, unidos en el nombre de tu Hijo Jesucristo y en la presencia de tu Espíritu consolador, nos comprometemos a construir la comunidad cristiana con un corazón y un entusiasmo renovados por el fuego de tu amor.

Ayúdanos a vivir un ecumenismo diario con los que nos rodean, a imagen de tu Hijo, que lavó los pies de sus discípulos para hacerles entrar juntos en la nueva vida de su presencia. Amén.

Día tercero

ORAR JUNTOS EN EL NOMBRE DE JESÚS

El Señor espera el momento para apiadarse de vosotros (Is 30,18)

Is 30,18-26	Él se apiadará de vosotros
Sal 136 (135)	Es eterna su misericordia
Act 1,122-14	Reunidos en oración
Mt 18,18-20	Orar en nombre de Jesús

Meditación

Reunirse para la oración en una sola y única comunidad, dejando las diferencias que persisten en el plano humano, es un tema recurrente en la Biblia. Las comunidades se reúnen para celebrar y alabar al Señor, implorar su perdón e interceder ante él para alcanzar su misericordia y su ayuda. La bondad de Dios se nos muestra más claramente por el hecho de que el Señor es un Dios de justicia. Por la oración damos respuesta a la justicia de Dios, a lo que Dios en primer lugar ha cumplido por nosotros, ya que “Cristo murió por nosotros siendo nosotros todavía pecadores”. A través de toda la Biblia se nos ha manifestado la identidad de Dios: su amor misericordioso nos salva.

Los Salmos han sido conservados como himnos y oraciones que eran recitados por el pueblo de Dios cuando se reunía para celebrar el culto divino. Estas palabras recitadas conjuntamente creaban un vínculo de unidad entre los fieles como también un sentimiento de pertenencia común que, de vuelta, inspiraban confianza y serenidad.

Era natural que esta tradición prosiguiera en la Iglesia primitiva. ¿Jesús mismo no ha sido el que enseñó a sus discípulos a orar? En el Evangelio de hoy Jesús habla de que se nos concederá cualquier cosa que pidamos si nos ponemos de acuerdo. Cuando nosotros, los cristianos, nos reunimos en el amor para orar los unos con los otros, podemos estar seguros de que Cristo está presente entre nosotros. Juntos, cuando rezamos en nombre de Jesucristo, estamos unidos los unos a los otros como objeto de nuestra oración. He aquí por qué la oración común es una oración eficaz.

Los discípulos de Cristo se dedican a la oración y alcanzan la unidad. Es muy probable que si Jesús ha orado en la víspera de su muerte para que sus discípulos sean uno, es porque no estaban todavía unidos en su nombre. Veinte siglos más tarde tenemos el deber de preguntarnos: ¿estamos hoy más cerca de la unidad por la oración, la vida y la acción común? Efectivamente, nuestra unidad es un don que nos viene de Dios. Aún más, somos conscientes de que este don debemos buscarlo incesantemente en la humildad. El apóstol nos exhorta a orar sin descanso para que el Espíritu Santo se derrame nuevamente sobre nosotros y, por encima de todas nuestras divergencias, nos una con su sople.

Oración

Señor, enséñanos a orar como Jesús ha enseñado a sus discípulos. Que podamos ser uno en la fe, en el amor y en el servicio como ellos mismos no tenían más que un solo corazón. Concédenos celebrar nuestra diferencia, alegrarnos en la diversidad y compartir de todo corazón las riquezas de nuestras respectivas oraciones. Haz que nuestra reunión en nombre de Jesús nos transforme, a fin de que seamos verdaderamente uno y el mundo crea en su presencia fiel. Amén.

Día cuarto

DEL PASADO AL FUTURO: PERDÓN Y PURIFICACIÓN DE LA MEMORIA

No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mt 18,22)

Jon 3	Arrepentimiento de Nínive, la gran ciudad
Sal 51 (50)	Una invitación a la misericordia
Col 3,12-17	Por encima de todo, revestíos del amor
Jn 8,1-11	Tampoco yo te condeno

Meditación

Reconocer los pecados del pasado, la gracia del perdón y el restablecimiento de la comunión son los temas presentes en estos textos. En sus relaciones mutuas, nuestras comunidades cristianas llevan todavía las huellas de un pasado marcado por la debilidad humana y el pecado. Ciertas heridas están en vías de curación, otras son todavía fuente de dolor y de división. La confrontación con el pasado puede ser difícil y exige un sincero examen de conciencia, como también de las personas y de las comunidades. Por ello, el camino que Dios quiso cumplir con nosotros fue para que seamos su pueblo elegido, y para que la paz de Cristo reine en nuestros corazones y entre nosotros.

Jonás exhorta a los habitantes de Nínive a conducirse honestamente, confesando su egocentrismo, su menosprecio del bien y sus actos de violencia. Dirige esta llamada a toda la ciudad y a todos sus habitantes. Cada uno debe convertirse de sus malos pensamientos y de la violencia que todavía hay en sus manos.

El Salmista implora el perdón de Dios, estando él mismo profundamente turbado por su pasado. Reconoce sus culpas y pide a Dios que no le abandone. Se siente también responsable de los otros y les indica el camino de la verdad y de una vida recta para que puedan, ellos también, reconciliarse con Dios.

Los escribas y los fariseos no ven en la mujer adúltera más que la caída y el pecado. La identifican con su pasado. Al mismo tiempo, rechazan reconocer su propio pasado y sus propios pecados. Jesús nos invita a no tirar más la primera piedra, a no condenar más y, finalmente, a no pecar más. Nuestra búsqueda de la unidad se fundamenta sobre esta llamada.

El perdón ya no se mide, es inagotable como el amor de Dios: hasta setenta veces siete. En su caminar ecuménico, nuestras comunidades están llamadas a dar testimonio de la misericordia de Dios en lo que ella tiene de infinito.

Oración

Dios de reconciliación, ayúdanos a superar las decepciones y la amargura que se han acumulado en nuestros fracasos y los pecados del pasado. Enséñanos tu perdón para que podamos con toda humildad buscar la reconciliación contigo y con nuestro prójimo.

Fortalece en nosotros el amor de Cristo, fuente y garantía de la unidad de tu Iglesia. Amén.

Día quinto

LA PRESENCIA DE DIOS ENTRE NOSOTROS: UNA LLAMADA A LA PAZ

El Señor está con nosotros (Sal 46)

1 Re 19,1-13a	En un ligero susurro
Sal 46 (45)	El Señor está con nosotros
Act 10, 9-48	Dios no hace acepción de personas
Lc 10,25-37	¿Y quién es mi prójimo?

Meditación

Meditando los textos bíblicos que hablan de la presencia de Dios entre nosotros, encontramos las interpretaciones fuertes para nuestro camino ecuménico.

Como en tiempos de Elías, Dios no está en el huracán o en el temblor de tierra. Está en la discreción de una brisa ligera que se manifiesta en la presencia apacible y reconfortante.

La convicción del salmista debe animarnos: Dios es nuestra única fuerza. A ejemplo de un Dios que rompe los arcos y quiebra las lanzas, estamos invitados a poner fin a todo conflicto.

El episodio relatado en los Hechos de los Apóstoles nos invita a contemplar el Espíritu de Cristo resucitado actuando en el mundo. A imagen de un Dios que no hace acepción de personas, debemos aprender a superar las fronteras muy humanas.

La parábola del buen samaritano nos recuerda que no podemos ocultar la mirada cuando nos cruzamos con un hermano o una hermana despojados al borde del camino. ¿Cómo podríamos no sentirnos solidarios cuando una comunidad eclesial está en dificultad?

Oración

Reunidos en el nombre de Cristo Jesús, te rogamos, Padre: haznos descubrir tu presencia en este mundo y ayúdanos a discernir los caminos sobre los cuales tú nos quieres guiar en nuestra peregrinación ecuménica. A ti todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Día sexto

SER MISIONEROS EN EL NOMBRE DE JESÚS

Vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños (Mt 18,14)

Dn 3,19-30	Testimoniar la fe
Sal 146 (145)	Alabar a Dios, nuestro Salvador
Act 8,26-40	Felipe anuncia la buena noticia al eunuco etíope
Lc 10,1-12	Jesús envía a sus discípulos

Meditación

Encontramos hoy personas llamadas por Dios a testimoniar su fe. Sidrac, Misac y Abdénago creyeron fuertemente y de manera firme en Aquél que les salva. Su fervor, su ánimo y su testimonio común, en presencia de un grave peligro, convencieron al rey y a sus consejeros que su Dios es el único Dios verdadero. Su testimonio de fe permitió también reunir a los más temerosos de Israel. El pueblo de Dios se ve fortalecido y unido nuevamente en torno a su Dios.

El salmista canta alabanzas a Dios que viene en ayuda de su pueblo en numerosas circunstancias para que encuentre la seguridad y la salvación. El hecho de que Dios nos haya enviado a su Hijo confirma sumamente la preocupación constante que tiene de su pueblo: Jesús no reúne solamente a los que están débiles o extraviados; también atiende a sus discípulos que se comprometen apasionadamente, como misioneros en su nombre, a difundir la buena noticia del Reino de Dios.

En Felipe se refleja el entusiasmo de la Iglesia primitiva. El apóstol se aprovecha de todas las ocasiones que se le ofrecen para desempeñar la misión de Jesús.

Hoy, como discípulos de Cristo, estamos llamados a ser un pueblo misionero. El mensaje del Evangelio es siempre eficaz cuando los cristianos dan juntos testimonio de su fe. Ahora es nuestro turno llevar la buena noticia con todos nuestros semejantes. Estamos llamados a:

- tener coraje ante la increencia;
- quitar la comodidad que ofrece nuestra propia cultura y nuestra tradición religiosa;
- encontrar nuevos métodos, innovadores, para proclamar la buena noticia de Jesucristo;
- estar entusiasmados y apasionados por nuestra fe común;
- estar motivados por la compasión de Jesús para trabajar juntos aliviando los sufrimientos de nuestro mundo;
- desafiar la injusticia en el mundo y ponerse al lado de los pobres.

De cara a un mundo en rápida evolución, los cristianos dan testimonio común del Evangelio abriéndose al mundo, pero también reuniendo a todos aquellos que están desunidos, para que ninguno de los más humildes esté abandonado a su suerte. ¡Tenemos, pues, una doble misión que cumplir!

Oración

Dios vivo, despierta en nosotros el deseo de ser un pueblo misionero. Ayúdanos a escuchar tu llamada y concédenos el coraje de dejarnos guiar por tu Espíritu. Que podamos congregarnos mediante nuestro testimonio común a los más necesitados, para que sean fuertes y en el mundo proclamen la buena noticia de tu reino. Amén.

Día séptimo

RECONOCER LA PRESENCIA DE DIOS EN EL OTRO: ACEPTAR AL OTRO EN NOMBRE DE JESÚS

El que acepta en mi nombre a un niño como éste, a mí me acepta (Mt 18,5)

Ex 3,1-17	La zarza ardiente
Sal 34	El Señor salva a los abatidos
Act 9,1-6	Yo soy Jesús, a quien tú persigues
Mt 25,31-46	Jesús está presente en nuestro prójimo

Meditación

Cuando Dios anuncia que libraré al pueblo de Israel de la esclavitud guiándole fuera de Egipto hacia un país que mana leche y miel, manifiesta su presencia a Moisés en medio de la zarza que el fuego no puede consumir. De este modo, el pueblo estaba seguro de la presencia del Dios de sus padres: “Yo soy el que soy”. Éste no era un Dios distante, indiferente, sino una Presencia y una Persona a quien le importaba la suerte del pueblo que había elegido.

Más tarde, Dios tenía que confirmar la naturaleza de su ser en la persona de su Hijo, Jesucristo, que nos recuerda que debemos ser como niños pequeños si deseamos llegar al Reino de Dios. En el seno de la Iglesia o en la sociedad esto no puede ser en los que son arrogantes u orgullosos, que debemos buscar a Cristo en la inocencia de los niños pequeños (y de los que han llegado a ser como ellos en la inocencia y la humildad). Acogiéndolos entre nosotros, es a Cristo a quien acogemos. Jesús nos asegura una vez más la presencia de Dios entre nosotros. Cuando guardamos su palabra, cuando dos o tres se reúnen en su nombre y cuando los hombres y mujeres son perseguidos por su causa

Como cristianos obedientes al mandamiento dado por Cristo en la última Cena (“haced esto en conmemoración mía”) podemos no estar de acuerdo sobre la naturaleza de la presencia de Jesús en su mesa, pero sobre todo estamos seguros de que está presente en nuestro corazón y en nuestro espíritu.

Cuando damos de comer a los hambrientos, asistimos a los enfermos, visitamos a los presos, vestimos a los desnudos y abrimos nuestras puertas al extranjero, es también a Jesús a quien se lo hacemos y es, igualmente, a quien recibimos. El Consejo Ecuménico de las Iglesias fue fundado en 1948, en parte para responder a la necesidad urgente que experimentaban los cristianos de participar en la tarea de reconciliación y ayudar a los que sus vidas estaban destrozadas por la segunda guerra mundial. Este servicio ecuménico sigue siendo hoy día una gran urgencia.

Paralelamente, los teólogos se esfuerzan por encontrar el camino capaz de llevarnos a una mayor unidad en la Iglesia. Además, la palabra “extranjero” es una palabra clave. Jesús nos dijo que deberíamos amar a nuestro prójimo en todas sus diferencias. Esta indicación muy clara que nos ha sido dada para reconocer al extranjero, el otro pertenece a Cristo mismo, representa un elemento fundamental del modo por el cual podemos animar y hacer avanzar la causa ecuménica. Si reconocemos la presencia de Cristo en el extranjero de otra tradición eclesial, no tenemos ninguna necesidad de tenerle miedo o de sus intenciones. Al contrario, podemos aprender de él y él de nosotros. De esta manera, es posible que progrese en el camino de la unidad.

Teniendo conciencia de la presencia constante de Jesús, reconocemos que Él es parte de nuestra vida. Él no es un personaje histórico que nos ha enseñado cómo debemos vivir sino que, gracias al Espíritu Santo, está presente y obra en el mundo de hoy.

Oración

Padre eterno, concédenos reconocer que tú estás presente entre nosotros de diferentes maneras, para que aumente nuestro deseo de llegar a una auténtica comunión en nuestras propias Iglesias y en la sociedad donde vivimos, y que nuestra oración por la unidad del cuerpo de Cristo, tu Iglesia, llegue a ser siempre más ferviente. En el nombre de Cristo te lo pedimos. Amén.

Día octavo

UNIDOS EN LA ESPERANZA

Cuando llegue aquél día, comprenderéis que yo estoy en mi Padre; vosotros en mi y yo en vosotros (Jn 14,20)

Ex 40,34-38	En cada etapa del camino, la nube del Señor estaba sobre el tabernáculo
Sal 42 (41)	Espera en Dios. Sí, yo lo alabaré
Ap 21,1-6	Dios estará con ellos
Jn 14,15-31	No os dejaré huérfanos

Meditación

Moisés condujo al pueblo de Israel por el desierto. Mientras lo atravesaban, Dios estaba bajo la forma de una nube durante el día, y durante la noche, y en ella había luz.

El tema del salmo es el deseo vital y la esperanza de la comunidad de Dios realizada, que nos hará desaparecer todas las dudas y penas.

El nuevo pueblo nacido del Evangelio es un pueblo peregrino, en camino hacia la plenitud de la vida, en la nueva creación donde Dios morará entre nosotros, secando todas nuestras lágrimas. La muerte no existirá más. El dolor y las divisiones serán superadas. No habrá más que una sola humanidad renovada y reunida en Dios.

Hoy, nosotros recorreremos juntos el mismo camino. Vivimos en la misma esperanza y pertenecemos al mismo Dios. En nuestra peregrinación no estamos huérfanos. Jesús no nos ha abandonado porque hemos recibido el Espíritu: el Espíritu de esperanza y de amor. Cristo nos ha dado la paz que nos anima y nos guía para que vivamos en el amor. Si amamos a Cristo, seremos fieles a su palabra.

El tema de esta semana nos recuerda la promesa de Jesús: “Donde dos tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Con Jesús, Palabra eterna y viva de Dios entre nosotros, caminamos juntos en la esperanza. Nos podemos ayudar mutuamente para ser fieles a este compromiso. Por el poder del Espíritu, Jesucristo nos hará conocer cada vez más profundamente la nueva voluntad del Padre. En el seno del movimiento ecuménico, aspiramos a ser una comunidad reconciliada y reconciliadora; ella constituye un signo y una anticipación de la nueva creación futura. Con la gracia de Dios, hemos realizado esta peregrinación para vivir lo más posible desde hoy “en la tierra como en el cielo”.

Oración

Padre eterno, reunidos en nombre de Jesús, concédenos la certeza de que a pesar de todo la muerte no predominará, que nuestras divisiones cesarán, que no nos dejaremos vencer por el desánimo y que, en la esperanza, llegaremos a la plenitud de vida, de amor y de luz que tú has prometido a los que te aman y son fieles a tu palabra. Amén.